

Modernidad, teoría social y experiencias subjetivas: entrevista a Danilo Martuccelli*

Patricio Olivera** y Juan Morales***

Al profesor Danilo Martuccelli hace tiempo queríamos entrevistarle desde nuestra Revista Temas Sociológicos por sus contribuciones a la teoría social, la sociología de la modernidad y la sociología del individuo. Se trata de un reconocido sociólogo e investigador social que ha realizado buena parte de sus investigaciones en países de Latinoamérica.

Patricio Olivera: Profesor Martuccelli, en primer lugar y dado que somos una revista de temas sociológicos, no queremos desaprovechar la oportunidad para preguntarle y abrir la entrevista con la siguiente pregunta: ¿qué significa para usted ser sociólogo? ¿Qué nos puede contar de su formación como sociólogo? ¿Qué es para usted la sociología?

* Danilo Martuccelli es un sociólogo de origen peruano, profesor titular en la Universidad Paris Cité (UPC) e investigador en la Universidad Diego Portales. Ha sido docente y profesor invitado en universidades de Chile, Perú, Argentina, Brasil, Canadá, España, Suiza, Bélgica. Es autor de más de 250 capítulos o artículos en revistas especializadas y una treintena de libros, varios de los cuales se han traducido del francés al español. Entre ellos destacan *En la escuela* (1998, Losada, con F. Dubet); *¿En qué sociedad vivimos?* (2000, Losada, con F. Dubet); *Gramáticas del individuo* (2007, Losada); *Las sociologías del individuo* (2012, LOM, con F. De Singly); y *Sociologías de la modernidad. Itinerario del siglo XX* (2013, LOM). Entre sus obras escritas directamente en castellano, figuran *La plaza vacía* (1997, Losada, con M. Svampa); *Cambio de rumbo* (2007, LOM); *El desafío latinoamericano* (2008, Siglo XXI, con B. Sorj); *¿Existen individuos en el Sur?* (2010, LOM); *Desafíos comunes* (2012, LOM, con K. Araujo); *Lima y sus arenas* (2015, Cauces); *El desafío sociológico hoy* (2017, CIS, con J. Santiago); *Introducción heterodoxa a las ciencias sociales* (2020, Siglo XXI); *El estallido social en clave latinoamericana. La formación de las clases populares-intermediarias* (2021, LOM); y *El nuevo gobierno de los individuos. Controles, creencias y jerarquías* (2021, LOM).

** Chileno. Doctor en Sociología, académico de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica Silva Henríquez y editor de la *Revista Temas Sociológicos*. Santiago, Chile. polivera@ucsh.cl

*** Español. Doctor en Sociología, académico de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica Silva Henríquez y editor asistente de la *Revista Temas Sociológicos*. Santiago, Chile. jmoralesma@ucsh.cl

Danilo Martuccelli: Tres preguntas diferentes. Yo llegué tardíamente a la sociología, porque empecé estudiando filosofía, y después solo cursé sociología a nivel de la maestría y el doctorado. ¿Qué es para mí sociología? Creo que es una manera de reflexionar sobre una época y sobre un conjunto de problemas sociales, desde una visión de la modernidad, con todo lo que ese término incluye de elementos de discusión. Y después, ¿qué es la sociología? Tomando la distancia, creo que es una manera de mirar la sociedad, donde se articulan sensibilidades distintas, que curiosamente la sociología nunca ha logrado amalgamar del todo. Creo que esa es su gran ventaja. Es obvio que hay una dimensión científica en la sociología, en todo caso, desde Durkheim se pretende alcanzar ese tipo de horizonte. Es innegable que la sociología es una disciplina histórica. También hay una dimensión literaria en la sociología, y este aspecto fue muy fuerte en el siglo XIX, pero sigue existiendo hoy en día, como lo muestran las relaciones a veces difíciles que sigue teniendo la sociología con ciertas dimensiones artísticas de su quehacer. Y después la sociología tiene una dimensión política. La sociología se nutre de las tensiones entre estas sensibilidades: ciencia, historia, literatura, política. Y lo curioso es que los sociólogos, la gran mayoría, salvo algunas notables excepciones, en el fondo somos científicos bastante modestos, no tenemos una gran cultura histórica, escribimos particularmente mal, y todos somos poco más, poco menos, actores frustrados políticamente. ¿Qué es la sociología? La curiosa articulación de esas cuatro sensibilidades.

Juan Morales: Nos decía usted que se inició en la filosofía. ¿Podría contarnos cómo fue su tránsito hacia la sociología?

DM: Empecé a estudiar filosofía en parte porque la sociología no formaba parte del horizonte de disciplinas que sabía que existían cuando tenía 18 años. Mis intereses iban hacia la filosofía política, y desde esta preocupación me fui orientando hacia las ciencias sociales. En cuanto a mi elección por la sociología, creo que se impuso rápidamente con respecto a la psicología, la antropología y la economía. ¿Por qué en el fondo la sociología? Porque desde los primeros trabajos casi informales de campo que pude hacer, me ha parecido y me sigue pareciendo fabuloso lo que cuenta la gente. Creo que en pocas disciplinas es suficiente efectuar algunas entrevistas para producir tantas interrogaciones. Creo que uno es sociólogo, porque en el fondo, más allá que a uno le guste o no hacer trabajo de campo, hay un interés por la

vida social, por los universos de las personas, el anhelo de comprender al otro, digamos una suerte de “pasión hermenéutica fundamental”. Y creo que eso define, todavía hoy, mi vocación sociológica. Me parece fabuloso lo que hacen, dicen y piensan los individuos; o sea, fabuloso en el sentido de lo enigmático. Creo que ahí reside la curiosidad que anima a los sociólogos.

JM: Siguiendo con su trayectoria académica, sabemos que usted ha tenido experiencias tanto en América Latina como en Europa. ¿Qué nos puede contar de esa trayectoria a ambos lados del Atlántico?

DM: Formo parte de una de las primeras generaciones de científicos sociales que incursionan, ya no a causa de exilios políticos, en el estudio de sociedades del Norte global (en mi caso la francesa). Digamos que es la primera generación a la que se autorizó hacerlo. Hasta ese momento los migrantes que se insertaban en la academia en lo que entonces se llamaba los países centrales, como fue el caso en la década de 1960, estaban limitados a trabajar en sus países de orígenes. Formo parte de la primera generación en donde eso cambia y perspectivas de estudios de otro tipo se abren: en este sentido, mi inserción como migrante en la academia francesa, dejando de lado las peripecias de las trayectorias migratorias, es la que podría tener es la que podría tener cualquier joven francés de mi generación. Es decir, alguien que analiza problemas de la propia sociedad francesa. Mi tesis doctoral fue, por ejemplo, una reflexión sobre el proyecto de la modernidad, a partir de estudios del caso de países europeos en torno al feminismo y el ecologismo; a lo que le siguen mis trabajos de campo sobre el racismo, la experiencia escolar, o los procesos de individuación en Francia. Un itinerario personal que hay que comprender como un fenómeno generacional. El caso de mis estudios sobre América Latina es diferente, salvo los últimos años que he residido en Chile, mi labor de investigación se definió desde una situación distinta. Digamos que mi relación con la academia latinoamericana es la de un observador comprometido.

PO: Le queríamos preguntar ahora sobre su evolución intelectual. ¿Por qué surge el interés en la teoría social?

DM: Responder eso es difícil por una razón simple: hay muchas maneras de entender la teoría social. No soy historiador de las ideas sociológicas. Escribo muy pocos artículos basados en la lectura crítica

de tal o cual obra. Para mí la teoría social siempre ha sido una herramienta de trabajo. Es decir, es una herramienta que permite enfrentar los problemas sociales de una época y que al mismo tiempo produce o alimenta problematizaciones intelectuales. La teoría social nunca es abstracta, es siempre algo muy concreto. Cuando leo un autor de teoría social o un trabajo sociológico lo que me interesa es comprender y adentrarme en nuevos razonamientos heurísticos. A diferencia de los que consideran la teoría social como la parte más alta o escolásticamente más prestigiosa de la sociología, por mi lado mantengo una relación bastante “utilitaria” con la teoría social: lo importante es forjar categorías de análisis que permitan comprender la realidad. Puede incluso decirse que hay dos tipos de sociólogos: aquellos que aplican categorías y aquellos que buscan construir categorías, incluso si ambos quieren comprender los fenómenos sociales. Cuando uno lee la obra de ciertos teóricos sociales, debe comprender qué problema tenían en mente y por qué se abocaban a esos problemas. Adoptar esta lectura lleva a una comprensión particular de la teoría social: cuando se busca forjar nuevas categorías de análisis, la preocupación fundamental no es producir teoría, sino comprender los desafíos de una sociedad.

PO: Pasemos ahora a la sociología de la modernidad. ¿Cuándo comenzó a preocuparse por esta temática?

DM: Regreso a mi trayectoria. Viniendo de la filosofía, la modernidad fue casi un puente natural con la sociología. Fue el tema que me permitió en términos personales, casi identitarios, facilitar la transición desde la filosofía a la sociología. La modernidad permite aglutinar justamente una diversidad de intereses y exige, además, lo que compromete creo lo mejor de la sociología, interpretar los problemas sociales de una época a partir de perspectivas históricas amplias. Creo que eso ha definido, y define todavía hoy, lo mejor de la mirada sociológica, además de permitir diálogos y estudios comparativos entre varias zonas del mundo.

JM: Continuemos con este bloque temático. ¿Cuáles son los aportes latinoamericanos al estudio sociológico de la modernidad?

DM: El tema modernidad/modernización solo se generaliza en las ciencias sociales después de 1950, aunque retrospectivamente se han leído muchas temáticas anteriores en términos de modernidad.

Hubo en el siglo XIX, por ejemplo, un muy interesante pensamiento social que rompe con el corporativismo colonial y acompaña el advenimiento de una sociedad de individuos en América Latina. La matriz jurídica igualitaria, individualista, se adopta, con sobresaltos, entre 1810 y 1825 y se mantiene vigente desde entonces. Siempre en el siglo XIX, América Latina conoce una diversidad de experiencias republicanas, mientras que el resto del mundo solo hay monarquías, imperios o colonias. Lo recuerdo porque, aunque muchas veces se lo desvalore, hubo un pensamiento moderno muy precoz en América Latina, alrededor sobre todo de temas políticos y que por lo general se nombró en la época como civilización. Sin embargo, estas reflexiones sufrieron de un desequilibrio manifiesto. Prácticamente no hubo ni pensamiento económico moderno, ni pensamiento cultural moderno durante el decimonono. La situación varió radicalmente en el siglo XX. El tema del desarrollo se convirtió en el nuevo nombre y sinónimo de la modernidad en América Latina: en esto coinciden los mejores trabajos de la CEPAL, la teoría de modernización, la escuela de la dependencia, las tesis sobre la marginalidad. Hubo en estas décadas un pensamiento de la modernidad extremadamente original. La clave estuvo en la articulación de la escena interna con la escena internacional, algo que será renovado y prolongado desde el paradigma de la globalización 50 años después. Fue un aporte sustantivo de la sociología latinoamericana, que en esas décadas de 1960-1970 tiene más imaginación teórica que muchas otras sociologías regionales. En fin, muy esquemáticamente el siglo XXI marca una inflexión a nivel de los aportes de la sociología latinoamericana en el estudio de la modernidad. Aunque no se lo advierta del todo, el eje de la modernización en la región se ha desplazado: si el primer momento fue político y el segundo económico, el tercero -hoy- es cultural. Hay una teoría de la modernización cultural latinoamericana original que revela una nueva problemática: América Latina es hoy por hoy un continente profundamente moderno en lo cultural, que tiene dificultades políticas y un estancamiento económico evidente. Parafraseando a Aníbal Pinto, América Latina es un gigante cultural y un enano económico. Esto abre el horizonte de una nueva teorización acerca de la modernización que las nuevas generaciones van a tener que pensar.

JM: Precisamente su libro *Sociologías de la modernidad* habla de tres grandes matrices de pensamiento de la sociología del siglo XX: la tensión fundadora entre diferenciación e integración, la matriz de racionalización, y la matriz de la condición moderna como tal. ¿Cómo cree usted que estas matrices clásicas de pensamiento pueden dialogar con las condiciones propias del siglo XXI?

DM: Ese libro, que ya tiene casi 25 años, termina con autores de esa época, pero creo que las matrices siguen vigentes. En la diferenciación social, es obvio que después de lo que hizo Niklas Luhmann hay nuevas teorizaciones. Lo más nuevo que se ha producido son las teorías de las redes sociales que han des-diferenciado, de manera novedosa, la manera de pensar los sistemas sociales. La matriz de la diferenciación social estableció la dicotomía integración social e integración sistémica. Es obvio que hoy día hay una red intermediaria entre ambas modalidades de integración desde las articulaciones sociotécnicas, una realidad que transforma radicalmente la manera de cómo podemos pensar la diferenciación social. Si tomamos la matriz de la racionalización, la inflexión es casi más evidente a causa de la revolución digital. Necesariamente esto plantea problemas distintos a cómo los pensó Habermas en la lectura que desde el campo político dio de la racionalización. Surgen nuevos interrogantes en torno a la revolución de los controles, los retos de inteligencia artificial, los desafíos del capitalismo de las plataformas, lo que hace que los procesos de racionalización estén adoptando nuevas formas. En lo que concierne la matriz de la condición moderna, la problematización de base gira siempre en torno a la separación entre lo objetivo y lo subjetivo, pero aquí también aparecen nuevos retos: hay cada vez más, por un lado, una radicalización de las experiencias de singularidad, y del otro lado, hay cada vez más una complejidad creciente en lo que a la construcción de lo común se refiere. La condición moderna exige repensar el lazo de lo común y lo singular, algo que me parece supone una inflexión con respecto a las maneras como la analizó la gran fenomenología sociológica de finales del siglo XX: Beck, Giddens, Bauman, Melucci. Entonces tendríamos que las tres matrices, hoy en día, siguen siendo maneras interesantes para comprender grandes fenómenos colectivos.

PO: Se refería con anterioridad a la modernidad económica de América Latina. ¿Cómo esa categoría entabla debates políticos con la necesidad de la globalización neoliberal?

DM: Hay dos maneras inmediatas de responder a esa pregunta, y las dos son pesimistas. La primera es desde la inserción de América Latina en la economía mundial en el siglo XVI. Este continente sigue siendo exportador de materias primas. Por supuesto, la base productiva ha variado mucho y se han incrementado los aportes en la cadena de valor. Sin embargo, si uno mira las estadísticas, en 1900 América Latina pesaba más en la economía mundial que en el año 2000. La segunda respuesta, que también es pesimista, es que todas las grandes teorías del desarrollo y la modernización que tenemos hoy en día presuponen que el incremento en el nivel educativo se traduce casi inmediatamente, de manera virtuosa, en un incremento de productividad. Sin embargo, basta mirar incluso someramente el caso de la Argentina para comprender que la tragedia argentina desdice eso: un país con un alto nivel educativo, hoy día en crisis, con una creatividad cultural evidente, no ha logrado entrar en el círculo virtuoso del desarrollo. Es un desafío entender cómo una sociedad puede ser tan moderna culturalmente sin que eso implique un fuerte desarrollo económico. Por supuesto, existen muchas explicaciones puntuales, pero este contraste obliga a repensar de manera infinitamente más crítica varias teorías de la modernización y de la sociedad del conocimiento. Al lado de estas dos respuestas, aventuro también una tercera que tal vez sea un poco más optimista: es posible pensar por medio de una “creación heroica”, como diría Mariátegui, otro camino de desarrollo. Algunos de estos caminos son explorados por los decoloniales, pero también por ciertos trabajos ecologistas, no siempre en la misma dirección; el reto es repensar las formas de vida, de consumo, de desarrollo distintos y alternativos al mero crecimiento económico carbonífero. Con una salvedad en este último punto: nunca habrá que descuidar la cuestión geopolítica. No se puede volver a caer en continentes desprotegidos, con los desafíos militares y demográficos que aparecen en el mundo de hoy, pero es obvio que esta vía puede ser un ensayo alternativo con respecto a lo que sucedió durante cinco siglos.

JM: Ahora, profesor, quisiéramos pasar a la temática de sus preocupaciones sobre el sujeto. ¿Cuándo, por qué y dónde surge su interés por estudiar sociológicamente la subjetividad y la existencia individual?

DM: La modernidad para la filosofía es la distancia y la ruptura entre lo objetivo y lo subjetivo. Todo el pensamiento de la modernidad filosófica es un pensamiento del sujeto. La ruptura de la totalidad, enmarcada por el cosmos o por la religión, lleva a que el pensamiento se centre en el sujeto. La filosofía moderna, desde Descartes hasta Kant, ya sea desde el racionalismo o el empirismo, va a ser sobre todo una la epistemología, una teoría del conocimiento. Dentro de esta estela, las sociologías de la modernidad suponen una inflexión: interpretan el mundo social emergente desde la experiencia. El mundo moderno, en lo inédito y rápido de sus cambios, suscitó nuevas experiencias profundamente desorientadoras, todo lo sólido se desvaneció en el aire. Esto da cuenta de la importancia de lo subjetivo y del sujeto en mis trabajos: viniendo de la filosofía fue, otra vez, un puente evidente. Con un bemo!: analizar la modernidad desde la fenomenología sociológica supone una nueva mirada, en verdad un desplazamiento del eje de estudio del conocimiento hacia las experiencias. Como estudiante de filosofía leía el tema de la modernidad desde el sujeto que conocía, desde la conciencia; como sociólogo comencé a abordar la modernidad desde las experiencias vividas, las ambivalencias, los cambios permanentes, todo lo cual lleva casi inevitablemente a replantear la cuestión de la existencia: la vida de individuos arrojados en un mundo marcado por la huida de los dioses (el desencantamiento, la secularización) y enfrentados a ansiedades de un nuevo calibre (alienación, anomias). Las sociologías de la modernidad, desde perspectivas distintas, se abocan a pensar esta experiencia, inédita e históricamente distinta de vivir en el mundo.

JM: ¿Qué entiende usted por sociología del individuo? ¿Por qué cree que es relevante esta perspectiva teórica? También queremos saber sobre los aportes de la sociología del individuo a nuestra disciplina.

DM: Tres preguntas diferentes. Empiezo por la primera. El tema del surgimiento del individuo me parece una especie de motete académico cómodo y sin mucha originalidad para tratar de reunir a un conjunto de trabajos que se hicieron, con identidades muy diferentes, en

Inglaterra, en Alemania y en Francia, más que en Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XX. Este movimiento intelectual está asociado a la teoría de la individualización de Beck y Giddens, pero también con los trabajos de Melucci, Bauman y Scott Lash, quienes transformaron la “antigua” fenomenología de la modernidad, la reinventaron, y lo hicieron brindándole un rol central a la subjetividad, a la reflexividad, a las experiencias individuales y a los procesos de individualización institucional. En Francia, el proceso se dio casi simultáneamente, pero de una manera distinta. Se privilegiaron y exploraron otras vías de análisis desde la teoría de los hábitos de Bourdieu (el disposicionalismo), desde las dimensiones identitarias (replanteándose el lazo entre la identidad estatutaria y personal), desde la gobernabilidad foucaultiana (repensándose las maneras de cómo los dispositivos construyen sujetos), o desde la sociología de la experiencia como en François Dubet o en mis propios estudios desde la sociología de los desafíos sociales y los procesos de individuación. Regreso a la primera pregunta, ¿qué entiendo por sociología del individuo? Un conjunto dispar de trabajos que analizan la sociedad contemporánea a escala (o sea no solamente a nivel) de los individuos. Segunda pregunta, ¿por qué es importante? Porque este conjunto muy dispar de autores se interesa por el individuo por razones profundamente estructurales: formulan la hipótesis de que los cambios sociales son cada vez más y mejor comprendidos desde las experiencias individuales. En mis propios trabajos abordé este problema buscando nuevas herramientas (los desafíos sociales) capaces de articular sobre nuevas bases lo micro y lo macro. Aquí está el cambio: en ausencia de un conjunto de transformaciones estructurales, no habría nada nuevo a nivel de la teoría propuesta por las sociologías del individuo. Al final de cuentas las sociologías de Durkheim, Weber o Simmel se interesaron por el individuo, y todas las microsociologías estadounidenses lo hicieron de una manera brillante a mediados del siglo pasado. Lo nuevo, aquello sobre lo que las sociologías del individuo llaman la atención, es distinto: se parte de la hipótesis que, dado un conjunto de cambios estructurales, es necesario renovar las categorías de análisis. Para describir las experiencias individuales las categorías de clase social, pero también ciertas teorizaciones sobre la socialización se revelan insuficientes. Y llego a la tercera pregunta. En mis trabajos no hablo de sociología del individuo, sino de procesos de individuación: al lado de la socialización (formación psicosocial

del individual) o de la subjetivación (como proyecto de emancipación) existe otra vía de análisis que busca forjar una teoría macrosociológica interesándose en las maneras históricas cómo una sociedad produce estructuralmente individuos. No es nada nuevo. La sociología clásica abordó esta problemática, pero por lo general únicamente desde factores estructurales. El reto hoy en día es servirse de la individuación para proponer nuevas articulaciones entre las estructuras y las experiencias. La sociología siempre ha girado en torno a esta preocupación. Nadie definió mejor la sociología que Wright Mills: el estudio de la combinación de la biografía y de la historia. Pero si el interrogante es el mismo, los caminos difieren. Wright Mills intentó, por ejemplo, articular ambas dimensiones desde la noción de carácter social. Hoy en día creo que el vínculo debe explorarse desde otras categorías sociológicas. Y esto es justamente lo que define teóricamente a las sociologías del individuo: un conjunto dispar de apuestas en este sentido. Aunque no todos los sociólogos del individuo estarán de acuerdo con esta caracterización, creo que es su mínimo común denominador: abordar, con nuevas herramientas, la vieja cuestión del vínculo entre grandes cambios estructurales y experiencias subjetivas.

Añado un último punto. El discurso sociológico muchas veces es inaudible en la sociedad, porque varias de nuestras categorías son poco claras o elocuentes para los actores sociales. Cuando Marx recurrió a la noción de clases sociales, tuvo la honestidad de precisar que él no inventó el término, lo inventaron los historiadores conservadores franceses. Pero entendió que la gramática de la lucha de clases podía ser el lenguaje unificador de su época, articulando consideraciones económicas, políticas, culturales y subjetivas. Hoy en día la noción de clase social tiene mucha dificultad en lograrlo. Creo que las experiencias individuales son una herramienta más idónea. Y de la misma manera que el término de “clases” se usó desde muchas sensibilidades políticas, el tema de la individuación o de los individuos abre a muchos marcos interpretativos. Para que no haya malentendidos. Se podía ser de derecha o izquierda y utilizar la noción de lucha de clases en los años 1950. Raymond Aron es el ejemplo clásico. Hoy en día, se puede hablar del individuo sin obviar cualquier sensibilidad política. El no hacerlo priva cierta mirada crítica de una profunda comprensión de la época y de una comunicación con los actores sociales.

JM: Hemos discutido sobre la modernidad y la sociología del sujeto, y quisiéramos movernos hacia temáticas más actuales y relacionadas con Chile. ¿Cuál fue su motivación para escribir el libro *El Estallido Social en Clave Latinoamericana*?

DM: La motivación es curiosa, Juan, porque fue la primera y única vez que unos editores (LOM Ediciones, Silvia Aguilera y Paulo Slachevsky) me pidieron un libro. Por una vez no fui yo quien tomó la iniciativa, sino un editor. La pregunta que me hice, habiendo trabajado sobre América Latina durante varios años, fue cómo se podía descentrar la mirada del Estallido Social en Chile. Simplificando un poco, ha habido dos maneras de leerlo. La primera ha sido en torno a los eventos mismos, bajo la forma de un análisis “à chaud”, casi como una cronología de hechos: la primera interpretación que intenté formular sobre el Estallido fue una especie de bitácora, desarrollada durante los eventos mismos, publicado en el libro que editó Kathy Araujo, *Hilos tensados*¹. La segunda manera de analizar el Estallido se ha organizado en torno a distintas tesis; es decir, varios autores, a partir de trabajos o conocimientos producidos anteriormente, aplicaron al evento sus propias interpretaciones; y como sucede en todas partes del mundo y es maravilloso, los estallidos sociales permiten, al mismo tiempo, validar todas las teorías. Cada autor expresa su satisfacción: su teoría funciona bien, el Estallido lo prueba. Digamos que los estallidos sociales operan como una especie de validación epistemológica universal. Tomando cierta distancia con mis propios estudios sobre la sociedad chilena, me pregunté: ¿puede el Estallido llegar a decir algo más estructural sobre la sociedad? ¿Puede un rodeo por América Latina aportar algo, sino otra interpretación complementaria? Me pareció que detrás de la gran dispersión de temas y actores presentes en el Estallido, era posible advertir importantes cambios en la estratificación social, es decir, en la manera cómo se distribuye el poder en la sociedad chilena. Para estudiar estas transformaciones estructurales me pareció conveniente movilizar el análisis de clases, más en clave weberiana que marxista, como una estrategia para intentar responder a la pregunta de los editores, descentrando la manera de analizar el fenómeno.

1 K. Araujo (Ed.). (2019). *Hilos tensados. Para leer el Octubre chileno*. Colección IDEA, Universidad de Santiago de Chile. <https://www.numaap.cl/wp-content/uploads/2020/01/HILOS-TENSADOS-WEB.pdf>

JM: ¿Cómo se relaciona el análisis que usted realiza en este libro con sus investigaciones anteriores sobre la sociedad chilena? Por ejemplo, ¿cómo se relacionan, dialogan, con ese otro volumen que escribió con Kathya Araujo, *Desafíos comunes*²?

DM: Obviamente el libro sobre el Estallido se escribe en la estela de esa investigación con Kathya Araujo, incluso porque es la única investigación empírica larga que he hecho sobre la sociedad chilena. Cuando lo terminamos de escribir con Kathya, ella prosiguió sus propios trabajos (sobre todo en torno a los fenómenos de autoridad), mientras que por mi lado me seguí interesando por los procesos de individuación (en nuevos estudios sobre el caso peruano o francés). Uno de los resultados de estas investigaciones comparadas fue acentuar algo que siempre se supuso, pero a lo que rara vez se le dio todo el peso que merece: en las sociedades latinoamericanas en donde los actores son poco o mal asistidos por las instituciones, en donde el Estado de bienestar da escasos o insuficientes soportes, los procesos de individuación se viven como muy solitarios. Los individuos tienen que hacerse cargo, con el apoyo decisivo de sus familias, de un conjunto disímil de desafíos, y se sienten en lo más ordinario de sus vidas maltratados por el Estado y por el mercado, se sienten abandonados o arrojados en la sociedad. El principal soporte de la individuación no se encuentra en las políticas sociales (como en Europa) sino en las familias, a veces en el barrio, antiguamente en cierta solidaridad de clase, siempre en las propias habilidades personales. Esto da forma a un modelo específico de individuación agéntica –este fue el principal resultado del libro con Kathya Araujo.

Sobre esta base, la interpretación propuesta es que el Estallido Social transparentó públicamente este conjunto de experiencias de agobio cotidiano. Algunos analistas criticaron el carácter dispersivo de los temas evocados durante el Estallido, pero creo que esta pluralidad de reivindicaciones reflejó bien el corazón de los problemas; una sociedad en la cual son comunes las experiencias de la vida dura, a causa de la falta de soportes o de soportes que no sostienen como se esperaba, pero también a causa del sentimiento de que las posiciones sociales

2 K. Araujo y D. Martuccelli. (2012). *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. LOM Ediciones.

son inconsistentes y expuestas a accidentes diversos. Este agobio estuvo en la base de un movimiento que expresó y reivindicó tantas cosas. Y este mismo agobio, ampliamente compartido, estuvo en la base de la movilización de muchos sectores sociales. Para comprender el 18 de octubre, el Estallido, hay que poner el foco en el 25 de octubre, en las 1 200 000 personas que salieron ese día a la calle y que se reunieron en torno a una gran heterogeneidad de demandas. Desde esta observación, el libro formula la hipótesis de la posible formación de una clase popular-intermediaria que rediseña las antiguas fronteras de las clases sociales en la región. Este proceso no es exclusivo a la región (los Chalecos amarillos, en Francia, pueden analizarse de manera análoga), pero toma un cariz específico en América Latina y permite una comprensión comparativa de las movilizaciones y estallidos sociales en Argentina, en Brasil, en Chile, Colombia o en el Perú.

PO: En relación con este libro, ¿qué busca expresar con el concepto de las “clases populares intermediarias”?

DM: El término es particular y voluntariamente feo, porque me interesa llamar la atención sobre un problema, más que proponer una etiqueta. Desde el siglo XIX el pensamiento social y luego la sociología ha pensado América Latina como una sociedad dual. Y hay buenas razones para seguir creyéndolo, por ejemplo, varios sociólogos brasileros analizan su país oponiendo un 1/4 (o un tercio) de la población que vive en una sociedad moderna a 3/4 (o 2/3) que lo hacen en una sociedad tradicional. Durante las últimas décadas, esta representación fue progresivamente puesta en cuestión y Chile es uno de los países donde con más fuerza se impuso otra representación: la sociedad dual dio paso a una sociedad de clases medias. Por supuesto, todo esto se dio en medio de vivos debates sobre si se estaba o no en presencia de verdaderas clases medias, sobre la pertinencia de transitar de análisis en términos de estatus social a estudios por ingresos diarios, etc. Este último aspecto se impuso y es importante: durante la década del 2010, las clases medias emergentes fueron definidas por ciertos organismos internacionales con un nivel de ingresos de entre cinco y doce dólares diarios; las clases medias vulnerables con ingresos de cinco o siete dólares (o sea se denominó de clase media, aunque vulnerables, a personas que ganaban entre 150 a 200 dólares al mes). Pero más allá de los legítimos debates sobre las cifras, lo esencial se jugó a nivel del

imaginario de las clases medias: una representación que en el caso latinoamericano entronca con la realidad de los Estados Unidos de los años 1950, o sea con la imagen de la *middle class* como un tipo particular de familia de tipo patriarcal, que con un solo empleo, generalmente *blue collar*, obrero, y masculino, permitía una cómoda vida familiar, en una casa propia, dos automóviles, alto nivel de consumo. Para muchos actores sociales esto es lo que define a las clases medias y en todo caso varios individuos en América Latina se ilusionaron, en la fase del *boom* de los *royalties* de las dos primeras décadas del siglo XX, con ese horizonte; hubo un enriquecimiento efectivo de la población y en muchísimos países, no en todos, ese imaginario se instaló.

Aquí empieza el parteaguas. Creo que esas mal denominadas clases medias (tradicionales, emergentes, vulnerables), pueden ser mejor descritas y analizadas con la noción híbrida de clase popular-intermediaria. Estas nuevas clases medias son muy distintas de las viejas clases medias tradicionales, que se construían sobre una neta y relativamente sólida frontera con respecto a las clases populares, una frontera reforzada en varios países de la región por consideraciones raciales o estatutarias (en torno a la educación). Esta frontera de clase se ha desdibujado y transformado. Pero por el otro lado, los actores populares no son más como las viejas clases populares, ya sea por su nivel educativo, por el impacto del feminismo, por los cambios culturales, por su consumo o tipo de trabajo. Las clases medias tradicionales y las viejas clases populares se han transformado aproximándose entre sí. Si se toma la mediana de ingresos en varios países de América Latina se observa que las distancias son relativamente chicas en términos de ingresos entre estos otrora dos grupos sociales; algo que también se verifica a nivel de las trayectorias y las experiencias de residencia, estudio, consumo, movilidad. La clase media ha ido perdiendo su capacidad de establecer una línea de separación en torno a la decencia con respecto a las clases populares. Estos procesos estructurales permiten formular la hipótesis de la formación progresiva de una clase popular-intermediaria, a distancia tanto de las viejas clases populares, como de las clases medias tradicionales. La creciente hibridación entre estos dos grupos contrasta fuertemente con la permanencia e incluso el endurecimiento de la frontera con las clases acomodadas (los dos o tres deciles de mayores ingresos).

Una cuestión que me interpela cada vez que hago trabajo de campo, tanto en Europa como en América Latina, es que cuando los individuos evocan la clase media tienen en mente un imaginario de gente muy acomodadas. Es frecuente, por general, el uso del término “clase media alta”: una noción particularmente discutible. La clase media debe entenderse en lazo con la mediana de ingresos; sorprendentemente, muchos individuos que se ubican dentro del 10-20% de mayores ingresos de un país se autodenominan como de “clase media alta”; eso es ser clase (muy) acomodada. En Chile hoy, las clases acomodadas, los miembros de dos o tres deciles de mayores ingresos tienen trayectorias de educación, lugares de residencia, pero también experiencias de seguridad, radicalmente diferentes de las clases popular-intermediarias compuestas por los cinco-siete deciles de ingresos intermediarios. Este grupo comparte muchos horizontes de vida, pero lo hace sin una explícita conciencia de clase. La interpretación propuesta no es una predicción: este conglomerado de actores puede no convertirse en una clase social “para sí”, puede sobre todo no engendrar un imaginario de clase específico. Lo que busca la interpretación es llamar la atención sobre lo que diagnostica como la principal división estructural en la región: no la oposición condensada en el eslogan del 1% contra el 99% (una fórmula de muy escasa pertinencia sociológica) sino la fricción entre las clases acomodadas y las clases popular-intermediarias.

La interpretación del Estallido Social busca articular estas dos líneas de análisis: por un lado, dar cuenta del fenómeno partiendo del agobio multiforme y cotidiano que viven los individuos; por el otro lado, partiendo desde las experiencias individuales tratar de entender lo que esto implica a nivel de la estratificación social. Algo sucede en la estructura social y en las experiencias sociales que no puede más analizarse desde el imaginario clasemediero. Y añado un punto fundamental: el imaginario clasemediero de clara raigambre estatutaria, construido en torno a la decencia, supone niveles y aspiraciones de consumo muy altos y en constante progresión y renovación. La transición ecológica y los cambios que implicará riñen con varios presupuestos del imaginario clasemediero. Los desafíos ecológicos podrán ser mejor abordados desde el imaginario, por formarse, de las clases popular-intermediarias: un conjunto de actores que pueden

definir su relación con el consumo desde otra relación con los objetos (reciclaje, reparación). O sea, también hay razones políticas para optar por representaciones posicionales que se alejen del imaginario clasemediero.

PO: Claro, este mundo no da, no alcanza, si China, India, Asia y nosotros nos convertimos en clases medias [al imaginario clasemediero].

DM: Exactamente, como bien indicas, Patricio, hay un lazo estrecho entre la lógica del crecimiento económico ilimitado y el imaginario clasemediero. El desafío ecológico implica forjar otros imaginarios. Curiosamente, e irresponsablemente, varios organismos internacionales siguen fomentando (y elaborando datos) en torno al imaginario social clasemediero.

PO: En cierto sentido, me parece que eso es un objetivo de la modernización, pensar que íbamos todos hacia ese ideal clasemediero.

DM: Justamente. Pero en las últimas décadas ha habido una ruptura en el imaginario de la modernidad que es fundamental: la modernidad se ha reinicializado con la cuestión ecológica, todo lo que había producido el industrialismo capitalista en términos de filosofía del progreso, confianza inusitada en un futuro siempre abierto, la idea de una naturaleza infinita, todo eso ha colapsado. Esto exige reelaborar una serie de horizontes y de categorías, y entre las categorías que necesitamos repensar se encuentra el imaginario clasemediero.

PO: ¿A usted le parece que la teoría social, o la reflexión de los sociólogos y las sociólogas, ha ido a la par de esa necesidad de hacer caer esa reflexión moderna? ¿De no pensar la naturaleza como un objeto a ser conquistado? Me da la impresión de que no tanto.

DM: Una vez más, está el *mainstream* y están todas las otras perspectivas. Tal vez tengo un sesgo porque hice mi tesis doctoral en la primera mitad de los años 1980, sobre el ecologismo, y por ende conozco de cerca desde hace casi 40 años esta tradición crítica y la renovación de preguntas que ha producido. Pero si el *mainstream* sociológico está todavía alejado de estas preocupaciones, el *mainstream* sociológico latinoamericano está aún más, lo que es tanto más perturbador que varios estudios indican que en la región el impacto de los cambios

climáticos será tremendo. Muchas personas siguen creyendo en una especie de filosofía encantada del progreso, algo que cada vez más se aleja del mundo en el que estamos viviendo: en esto concuerdo plenamente contigo, hay una incapacidad o reticencia de cierto pensamiento *mainstream* en incorporar estos problemas. En el mejor de los casos los cuestionamientos se limitan a evocar un desarrollo verde, un *new green deal*, un conjunto de actitudes de *greenwashing*, se sigue creyendo en el fondo que, con algunos cambios y gracias al desarrollo tecnológico, todo va a seguir igual en el futuro. Todas estas visiones no logran medir, creo, el desafío al cual estamos confrontados: se permanece en la estela de las representaciones encantadas de la modernidad. Es por supuesto un déficit de teoría social, ese espacio de trabajo que permite enfrentar los retos de una época construyendo problematizaciones acordes a ellos.

PO: Muchas gracias. Volviendo a nuestra conversación, en el contexto del plebiscito, parecía que las demandas del Estallido iban hacia una mayor democratización, una mayor igualdad y un aumento en el bienestar. Considerando el resultado plebiscito del 4 de septiembre, ¿dónde están esas demandas ahora?

DM: Soy bastante malo para el análisis político y no estaba en Santiago para el plebiscito. Pero podría decir que hay dos maneras de abordar esa pregunta, una coyuntural, la otra más estructural. La coyuntural: creo que en los fenómenos sociales las dinámicas son más importantes de lo que muchas veces se cree; o sea, hubo estrategias electorales enfrentadas y a la luz de los eventos, una terminó siendo mejor que la otra –quiero decir que nunca hay que quitarle peso a la lógica de los eventos. Otro elemento coyuntural: en todas partes del mundo, cuando un gobierno hace un referéndum, el electorado toma la pregunta y le da otro sentido. Las encuestas a boca de urna solo permiten saber parcialmente qué respondió el electorado.

La otra respuesta es más estructural, y nos interpela como sociólogos. A pesar de la evidencia compartida, en algún punto nos cuesta aceptar o extraer todas las consecuencias de la gran separación que existe entre lo social y lo político hoy en día. Como sociólogos seguimos creyendo que lo “normal” es que lo político sea la articulación de lo social y su representación. O sea, creemos y esperamos que los partidos políticos sean o vuelvan a ser “orgánicos”, suponiendo que

lo hayan sido en el pasado. El reto es que, más allá de un resultado puntual, lo que se modifica en profundidad es el tipo de relación que los individuos entretienen con el mundo político. Varias de las maneras como interpretamos y analizamos las conductas políticas o electorales, se alejan de la manera cómo efectivamente opera el mundo político. Los clivajes son cada vez más producidos desde la misma política; los partidos ya no representan intereses sociales en el sentido tradicional del término, la vida política se estructura generando su propios clivajes ideológicos, simbólicos e identitarios. Con un bemol significativo: las clases gobernantes tienen una fuerte capacidad de articulación orgánica y política de sus intereses (Chile es un buen ejemplo de lo anterior); pero esto no es necesariamente cierto en el caso de otros partidos políticos o grupos sociales. Esta desarticulación tendencial de lo social y lo político desestabiliza la sociología: al fin de cuentas nuestra disciplina se construyó en torno a una concepción sólida y funcional de la representación política. Esto se complejiza y nos cuesta muchas veces cambiar nuestras herramientas de análisis. Doy un ejemplo simple: es habitual que en los análisis periodísticos (y sociológicos) del voto se hagan afirmaciones del tipo “las mujeres votaron por Biden contra Trump”. Sin embargo, si vemos con un mínimo de detenimiento los resultados, hasta un 45% de mujeres votaron por Trump. O sea, en varias interpretaciones, ese 45% “desaparece”; la tendencia a proponer lecturas electorales de este tipo esconde o elimina el siempre muy importante porcentaje de individuos que dentro de una misma categoría social (en el ejemplo anterior, las mujeres) no votan en acuerdo con la tendencia mayoritaria. ¿Qué quiero decir con eso? El ejemplo no es nuevo per se (siempre hubo obreros que no votaron por los partidos de izquierda), pero los mosaicos electorales actuales obligan a complejizar los vínculos entre las posiciones e identidades sociales y las perspectivas políticas. Lo político no es una mera caja de resonancia de lo social, y esto complejiza la comprensión del voto. Una cosa más y lo digo de paso: me parece que no se ha insistido lo suficiente en el hecho que, si la sociedad chilena da “bandazos” electorales, lo hace a través de mayorías importantes (del 78% favorable a la nueva constitución, al 62% del rechazo), lo cual relativiza la imagen de un país polarizado.

PO: Teníamos la noción de que la sociedad chilena estaba pidiendo derechos y la propuesta constitucional los estaba proveyendo; considerando el rechazo, ¿cómo se explica la poca valoración que hizo la ciudadanía del conjunto de derechos que dicho texto buscó consagrar?

DM: Primero, quizás los derechos que se enunciaron no fueron percibidos como aquellos que la sociedad esperaba. Pero regreso al divorcio entre lo social y lo político. Algunos estudios han mostrado empíricamente que los propios convencionales, varios de ellos independientes, se aislaron o simplemente no tenían vínculos con los grupos que suponían representar. Es posible que la representación a través de candidatos “independientes” tenga futuro, pero es una realidad que agudiza los problemas de la representación política. Un tercer argumento, que ha sido formulado de manera más hipotética, puesto que creo que no existen elementos empíricos lo suficientemente robustos para afirmarlo plenamente, es que en el texto propuesto por la Convención había muchos temas y pocos electores podían estar de acuerdo con todos ellos; pero también había muchos temas (sobre todo de índole identitario) que no habían sido suficientemente discutidos con anterioridad en la sociedad chilena. Creo que en algún punto hubo un desfase entre los que se propuso como derechos en el texto y lo que ya había sido metabolizado en la sociedad chilena. Muchas temáticas propuestas habían sido en efecto poco, o insuficientemente discutidas, pienso en el tema de la paridad, la plurinacionalidad, la organización regional, el fin del Senado. No se le da la atención que merece, pero va en ello de otra de las consecuencias de la separación de lo social y lo político. Para acortar la brecha, la ciudadanía requiere de debates largos, de tiempo, de una práctica política que más allá de la representación de intereses se aboque a problematizar la realidad social. En las entrevistas o en las encuestas, sobre muchos temas, las personas consultadas no tienen opinión o podrían modificarla, pero la estructuración “pugilística” del debate político impide justamente la problematización compartida y conflictiva de los temas sociales. A pesar de los esfuerzos que se hicieron, la manera cómo finalmente se dio el debate dentro de la Convención Constituyente no permitió este trabajo de problematización. Hubo cabildos abiertos durante el Estallido Social, pero no durante el trabajo de la Convención.

JM: En relación con el tiempo en que la tenían que hacer, ¿cree usted que eso jugó en contra?

DM: Es probable, algunos exconvencionales han testimoniado en todo caso en esa dirección. Pero permítame regresar sobre dos aspectos en lo que concierne a la dinámica electoral. En primer lugar, pero esto va mucho más allá del plebiscito, es evidente que el voto binario (sí o no), exclusivo (por un solo programa) y en su totalidad se desdice de la complejidad de la vida social. Es asombroso que una práctica electoral de este tipo (¿quién hace todas sus “compras” en un solo negocio?) siga siendo la pauta dominante a nivel de las elecciones políticas. Inspirándose de ciertas experimentaciones se habría podido pensar, por ejemplo, en un voto por cada gran sección del texto propuesto y no en una expresión electoral global binaria. En segundo lugar, en el acuerdo del 15 de noviembre del 2019, no sé cómo se dieron exactamente las discusiones, se acordó un plebiscito de salida: aunque no es algo inédito en sí mismo, en varias otras ocasiones y países las convenciones o asambleas constitucionales electas han producido textos que, sin necesidad de ratificación electoral, fueron promulgados como constituciones. Quiero decir, el proceso tenía, llámese como se lo quiera, un doble control democrático o un doble cerrojo, de ingreso y de salida. Ejercicio de pensamiento: ¿qué sucedería si las leyes que se votan en los congresos fueran sometidas a referéndum popular? Es muy probable que muchas no pasarían (...sobre todo los aumentos de impuestos o la modificación de las edades de jubilación). Una ley no es una carta magna, pero esto abrió -y abre- a debates relativamente nuevos sobre la legitimidad de las decisiones en una democracia representativa. Muchas leyes que se aprueban por doquier en los parlamentos se reivindican de una legitimidad global obtenida durante las elecciones. Pero en la medida en que los electores no solo votan en bloque por todo el “menú”, sino sin conocer el detalle de las propuestas, la ratificación electoral de varias leyes debería convertirse en un horizonte de la democracia.

JM: Para ir cerrando la entrevista, profesor Martuccelli, y dado que usted ha sido estudioso de la sociología latinoamericana, quería preguntarle cómo ve el panorama actual de nuestra disciplina en América Latina.

DM: Creo que está en crisis, pero no es específico a la región. Podría decir cosas similares sobre la sociología en Francia. Sin embargo, creo

que en América Latina, si alguna especificidad existe, es que la crisis intelectual de la sociología es particularmente aguda: hasta hace unas décadas, la sociología interesaba a los jóvenes porque animaba y participaba en los grandes debates de la sociedad, porque daba inteligibilidad a una época. A esta primera gran crisis, se le superponen otras dos. Creo que, siempre en América Latina, hay una crisis generada por el “metodologismo”, una tendencia que está paralizando la imaginación sociológica para construir categorías o arriesgar interpretaciones. El trabajo de campo *per se*, y sin evaluación crítica, se está convirtiendo en una fuente de legitimidad y de conflicto entre generaciones. El rechazo monolítico del “ensayismo” en sus peores, más livianas y discutibles expresiones, se revela incapaz de diferenciarlo de otras modalidades exigentes de producción del conocimiento (sociología histórica interpretativa, teoría social, filosofía política, argumentaciones, etc.). En fin, también existe una crisis propiamente profesional: la inserción laboral, con importantes diferencias entre países, de los y las jóvenes sociólogas y sociólogos sigue siendo accidentada. Aquí una autocrítica: mi generación no fue capaz de profesionalizar la sociología. Hay psicólogos en todos los colegios, en las cárceles, en los hospitales, en las empresas, pero no hay sociólogos en ningún lado. Esa falta de profesionalización de nuestra disciplina tiene un costo muy alto para la inserción laboral de los jóvenes sociólogos y sociólogas; pero también lo tiene para la propia disciplina, porque hace que muchos sociólogos vivan en torres de marfil, desconectados de los problemas sociales concretos. No es una cuestión de conocimiento, sino de intervención y de apertura a otras experiencias. La inserción de los psicólogos en las escuelas, hospitales o empresas genera por “frotamiento” cambios en la disciplina. La presencia ordinaria y laboral de sociólogos en las empresas, las escuelas, los hospitales, no como estudiosos sino como asalariados insertos de manera estructural en estas organizaciones tendría a no dudarle efectos sobre la propia disciplina. En el caso de la escuela, por ejemplo, un ámbito que conozco bastante bien sería fructífero definir el perfil de un sociólogo escolar que ejercitaría su profesión en un conjunto de escuelas, capacitando a los docentes, generando estadísticas y datos locales, ampliando la comprensión sobre las particularidades del público que frecuenta la escuela, alumnos y familiares, pero también sobre las dinámicas y las transformaciones de la adolescencia, etc. Sería una importante inyección y en algunos ca-

sos una necesaria inyección de conocimientos. Observo que en varios casos esta demanda social existe, pero no hemos logrado traducirla en profesionalización.

JM: ¿Qué nos ha faltado para esta profesionalización?

DM: La sociología se define desde la creación de sus primeras facultades, en los años 1950 y 1960 en América Latina, por una vocación crítica, y los sociólogos saben pertinentemente que profesionalizar una disciplina significa “ensuciarse las manos”. Más allá de las razones externas que han bloqueado la profesionalización de la sociología, creo que internamente, sin que el debate se haya dado con toda la claridad necesaria, muchos sociólogos han preferido no hacer de la disciplina una profesión. Indirectamente se puede pensar que esto amplifica la crisis propiamente intelectual de la disciplina: más allá de la presencia individual de unos u otras, la sociología como disciplina pesa cada vez menos en los debates públicos. Incluso si en esto la situación en Chile es menos crítica que en otros países, un poco por doquier en América Latina los sociólogos no estructuran más los grandes debates de la sociedad. Hace 50 años, las sociedades latinoamericanas se pensaron a través de categorías sociológicas, hoy en día estas mismas sociedades no se piensan más desde la mirada sociológica.

JM: Precisamente por esa mención a Chile, le queríamos preguntar sobre cómo ve usted el panorama de la sociología chilena.

DM: Creo que en Chile la crisis profesional es menos dura que en el resto América Latina, porque curiosamente la Dictadura Militar tuvo un rol, involuntario por su puesto: el cierre de los departamentos de sociología y la permanencia de una demanda social hizo que varios sociólogos se dedicaran a hacer estudios de mercado, encuestas, consultorías, insertándose de esa manera en el mercado laboral. Luego con el regreso al periodo democrático, los sociólogos conservaron estas competencias (ampliándose progresivamente las capacidades propiamente técnicas y metodológicas), lo que da cuenta de porque la inserción laboral es menos difícil para un o una socióloga en Chile. Creo por eso que de las tres crisis que mencioné, probablemente la más acuciante hoy en día en Chile sea la de índole intelectual. Con muy honrosas salvedades, esto es visible en la relativa escasez de interpretaciones macrosociológicas, en análisis que alimenten y renue-

ven la manera cómo la sociedad problematiza sus desafíos, más allá de la producción necesaria pero consabida de datos sobre la pobreza o la desigualdad. Esta dificultad intelectual se resiente en el descrédito excesivo y monolítico que reciben los “ensayos”. Creo que hay aquí materia para un interesante número de revista: es necesario tener categorías idóneas para distinguir tanto entre diferentes modalidades de ejercicio del trabajo de campo (delegación del trabajo de campo o no, por ejemplo) como entre distintos esfuerzos de interpretación (uso o no de la literatura secundaria, cotejo y discusión de datos). Un ensayo puede ser extremadamente ligero en su argumentación (casi ocurrencias), pero también puede ser extremadamente riguroso y creativo. Si nos referimos a la historia (el “panteón”) de la sociología, muchos de los más grandes teóricos de la disciplina, ayer como hoy, jamás hicieron directamente trabajo de campo. Esto no quiere decir que no tenían “acceso a la realidad”, tuvieron y tienen otras maneras de relacionarse con ella, de problematizar sus propias experiencias, de leer creativamente. Giddens, por ejemplo, no ha hecho prácticamente trabajos de campo, pero desarrolló –como Melucci, que sí hizo investigaciones empíricas– una labor de terapeuta. La oposición esquemática y binaria que distingue lo bueno y lo malo, el trabajo empírico y el ensayo, me parece que merece ser sometida a una reflexión crítica. No lo resolverá, pero ayudará a que la sociología renueve sus lazos con la imaginación. Además, en este juicio varias veces se desliza un asunto de legitimidad: cuando un estadounidense hace un ensayo sobre su identidad nacional el trabajo se cataloga inmediatamente dentro de las ciencias sociales; cuando un brasilero hace una interpretación sobre su realidad nacional, se lo cataloga en el rubro de los “intérpretes”.

JM: Continuando esta reflexión suya sobre la disciplina, sobre las culturas evaluativas que impregnan el campo académico, la lógica del *paper*, que también hace que se privilegie menos la discusión pública en el ensayo o en el libro, ¿cree usted que esta crisis intelectual de la sociología es parte de una crisis de los intelectuales aquí en Chile?

DM: No tengo elementos suficientes para poder responder desde la situación chilena propiamente dicha, pero podría decirlo de esta manera: la presencia de los intelectuales, sobre todo de varios de nuestros colegas sociólogos y sociólogas, en el espacio público a través de columnas o como invitados en los medios de comunicación es muy

significativa. Esta realidad podría ser objeto de un estudio sociológico empíricamente fundado, porque hay un aspecto positivo y otro un poco más complicado. El positivo es obvio, los sociólogos al intervenir en la prensa, la radio o la televisión participan en el debate público y transmiten conocimientos. El lado más complicado es que esta actividad no solo conlleva mucho tiempo, sino que, de manera más estructural, intervenir regularmente en el espacio público no es algo neutro: como el rey Midas, todo lo que los medios tocan se transforma. Se empieza subrepticamente a trabajar de otra manera, con otros plazos, el horizonte de reflexión se va modificando por los imperativos de la próxima columna o intervención en tal evento radial o televisivo. Antes de formular juicios negativos, sería bueno disponer de análisis desapasionados sobre las consecuencias, a nivel de la misma sociología, de estas legítimas prácticas profesionales. ¿Qué tan cierto es que lo que se gana a nivel de audiencia ciudadana se pierde a nivel de la exigencia profesional?

PO: Una última pregunta, pensando en nuestro público lector y en nuestros estudiantes de pregrado que se están formando. ¿En qué sociólogo o socióloga consagrados deberíamos poner aún más atención, o remirar con otro prisma? Y sobre lo mismo, ¿qué socióloga o sociólogo olvidados, o usualmente no tan presentes, deberíamos discutir con mayor detención?

DM: En lo que respecta al autor consagrado, creo que la sociología, en todas partes del mundo, debería darle más rol a Talcott Parsons. Sé que es medio raro decirlo, porque a nadie le gusta Parsons, porque las traducciones al castellano han sido bastante malas (mientras que su inglés es muy elegante y fácil de leer). ¿Por qué entonces Parsons? Porque, y en esto Habermas tiene razón, es el único sociólogo postclásico que merece ser considerado realmente un clásico. Si un estudiante de pregrado, de grado, o de posgrado, entiende el horizonte de problemáticas de Parsons, va a entender tanto la sociología anterior a su obra como la sociología ulterior. Parsons permite en efecto comprender las líneas maestras de lo que se hizo hasta 1930, y el mismo Parsons permite entender los grandes debates de la sociología hasta por lo menos la década de 1970. Luego, ciertamente, aparecen temáticas y orientaciones que salen de su universo, pero su obra sigue siendo importante para comprender las evoluciones en la teoría de sistemas, en la

microsociología o en varias de las teorizaciones sobre los procesos de individualización y el individualismo institucional. En breve, Parsons permite darle una columna vertebral común a la sociología.

Con respecto a la segunda pregunta, hay varios autores que me vienen en mente, pero permítanme desplazar un poco la interrogación: el intelectual orgánico de nuestra época está diseminado en los medios de comunicación. No en las columnas de los intelectuales, sino en la prensa, en el trabajo de los periodistas, en los intercambios en las redes sociales. Luckmann comprendió muy bien hace unas décadas esta realidad cuando dijo que: “todo lo que sabemos del mundo, lo sabemos por los medios”. Aquí está la sociología “olvidada” de nuestra generación. Abrirse a estos saberes no solo es una exigencia para comprender la época, también es una manera de aproximarnos al entendimiento del alumnado y sus prácticas heterogéneas de lectura de noticias, tweets, breves, memes. Nunca se ha leído tanto como hoy en día, pero todas estas lecturas se hacen de otra manera y con otros horizontes. El libro no va a desaparecer, pero la reflexión acerca de los libros y sus lectores tiene que evolucionar. Vivimos un proceso bajo muchos aspectos análogos al que produjo la imprenta en el nacimiento de los tiempos modernos. Hay una sociología “olvidada” o descuidada en los departamentos de sociología que circula y se construye a través de este conjunto dispar de prácticas de lectura, escritura, expresión, comentarios, una cultura que se reivindica y que en todo caso se produce con escaso control institucional y que genera experiencias nuevas de desintermediación. Ese es el gran autor colectivo olvidado de nuestra época.

PO: Muchas gracias por su tiempo, profesor.

27 de octubre de 2022, Santiago de Chile.